

Una burla muy sofisticada

Que venga la gorda muerte

ÁLVARO ROBLEDO

Seix Barral, Bogotá, 2015, 197 pp.

EN EL marco de la Feria del Libro de Bogotá de 2016, se llevó a cabo un coloquio entre escritores que, de un modo u otro, habían relatado la muerte en sus obras. Entre estos autores se encontraba Álvaro Robledo, quien meses atrás había publicado la novela *Que venga la gorda muerte*. Los otros escritores hablaron de técnicas narrativas, de trucos que habían usado para incluir a la parca en sus tramas, y se refirieron, de un modo u otro, al oscuro misterio que aún generaba el tema. Robledo tomó el micrófono y de inmediato estuvo claro que su mirada era otra. Habló del zen, del budismo, de monjes y meditación, y citó libros y autores de nombres impronunciados de los que, obviamente, nadie había oído hablar jamás. No era un acto de pedantería, todo lo contrario: hablaba con la humildad del que realmente sabe, y ante la mirada tranquila de los demás participantes, que no tenían mayor cosa que decir, terminó apropiándose del micrófono.

Robledo lleva años de profunda búsqueda espiritual, algo que, era lógico, tendría que acabar reflejándose en su obra literaria. Uno esperaría, entonces, que alguien que ha mirado con tanto respeto a Oriente terminara escribiendo una novela mística, al menos una buena narrativa de autoayuda. Lejos de ahí. Porque si bien le apasiona el misticismo oriental, también, como lo ha declarado en algunas entrevistas, ha dado con cuanto mentiroso y chiflado hay, ya sea de esos que hacen plata timando a los que buscan desesperadamente a Dios, o de esos confundidos que se meten en cuanto religión y en cuanto secta hay para calmar la angustia inmensa que nunca los deja, o de ambos.

Digamos entonces que la trama de *Que venga la gorda muerte* se para, estratégicamente, en la mitad. Aunque mira con ironía y sentido del humor ese mundo *new age*, no deja de estar cargada de información y conocimientos sobre la cultura oriental. Robledo

sabe, y lo demuestra, ya sea a través del protagonista narrador o de los sucesos que se van dando. Se está riendo, sí, pero sabe de qué se burla, y le gusta demostrarlo.

Un hombre de unos treinta años se encuentra en un punto de crisis. Su madre ha muerto y su compañera lo ha mandado para el carajo después de que en una fiesta él, borracho, le levantara la falda bajo la cual ella no llevaba ropa interior. Decide irse entonces para El Interior, un centro espiritual a la orilla del mar, del que sabe poco o nada. Y el viaje, cómo no, estará cargado de sorpresas:

¿En qué diablos me metí? Creí que iba a relajarme a una especie de *spa* al lado del mar, con algún que otro sauna, baño turco y termal, a tomar bebidas con sombrillitas, a ser masajeados por turgentes muchachas de olores tropicales que me ayudarían a hacer el duelo por la muerte de mi madre, mientras yo meditaba sobre qué hacer de ahí en adelante con mi entonces confusa vida, rodeado de sabios que me guiarían luego de haber descubierto en mí el genio y la misión, pero la verdad era que me dirigía a una casa dorada, a estar entre practicantes de zen, en una comunidad, a trabajar, sin luz, con un baño de aserrín... (p. 33)

¿Qué sucede durante su estadía allí? Todo y nada. El protagonista (nunca sabemos su nombre) empieza a conocer a un grupo de personajes a cual más extraño: perfiles absurdos, historias rarísimas. La decadencia. Y ahí están, ahí terminaron, buscando la calma y la verdad en El Interior. Entonces la narración asume un aire de *realidad*. Me explico: tanto el qué como el cómo no parecen de una novela, más bien hacen pensar en las anécdotas que te contaría un amigo que acaba de llegar de un campamento espiritual *freak* en la playa: la narración de lo que va pasando día a día, entre la rutina de las enseñanzas de los ejercicios místicos y las locuras que se cometen cuando nadie mira. Alguien podría opinar que a la novela le falta trama, un gran objeto de deseo, algo que la dote de cierta tensión, pero también se podría plantear que es una cuestión de estilo. O mejor todavía: que Robledo es un autor de búsquedas

más abstractas en los protagonistas de sus historias. No he leído *Final de las noches felices*, su segunda novela, pero sí la primera: *Nada importa*. En ella un muchacho y sus amigos aparentemente ruedan por las carreteras de Gales y Escocia por el puro placer de viajar, de moverse. No obstante, detrás de esa trama, en apariencia tan simple, hay algo que la vincula con la trama de *Que venga la gorda muerte*. Los dos personajes están perdidos, no tienen la menor idea de para dónde van; se inscriben en una aventura (un viaje) confiados, consciente o inconscientemente, en que algo cambiará, y al final así termina sucediendo. *Nada importa* acaba así: "(...) en mi interior también había una leve alegría, simplemente instalada allí". En una de las últimas páginas de *Que venga la gorda muerte* se lee: "Donde habíamos pensado encontrar algo abominable, encontramos un dios; donde habíamos pensado matar a otro, nos matamos a nosotros mismos; donde habíamos pensado que salíamos, llegamos al centro de nuestra propia existencia; y donde habíamos pensado que estaríamos solos, estuvimos con el mundo" (p. 195). Si de *Nada importa* se dijo que era una novela de iniciación, lo mismo se puede decir de *Que venga la gorda muerte*: esa narración de una cotidianidad, casi *naïf* en su tono, al final sorprende tanto al lector como al protagonista. Sin que ninguno de los dos supiera, aquella era una historia de crecimiento, de proceso para pararse en otro lado.

Mientras vive el día a día de El Interior, el narrador evoca de manera especial, y casi exclusiva, dos eventos: el rompimiento con su compañera y la muerte de su mamá. Este último es el gran motivo, la causa principal de que él se encuentre en este lugar junto a la playa. En algunas declaraciones a la prensa, Robledo ha confesado que llevaba años jugando con la idea de escribir esta novela, pero no lograba encontrar una razón que le gustara del todo para poner allí al pobre protagonista. Entonces, en 2010, al poco tiempo de que su madre falleciera, mientras masticaba el luto, pensó que ese podía ser un motivo no solo válido e interesante, sino que él bien sabría contarlos porque lo estaba viviendo. Las páginas sobre el tema terminaron

siendo de las más hermosas del libro. Tras enterarse de que su mamá ha muerto, el narrador escribe:

Me quedé sin respiración, me froté los ojos y la cabeza y me levanté de la silla. Muriel atravesó el corredor y me abrazó llorando. Empecé a ponerme los zapatos, con El Bolas a mi lado lamiéndose las patas y el lugar donde deberían estar sus testículos. Me puse de pie y justo cuando iba a abrir la puerta, El Bolas bajó las orejas, erizó el lomo, echó todo su peso sobre las patas traseras y dio un maullido inusual, al tiempo que la luz de la casa disminuía su intensidad bruscamente, como en las películas de terror. Buen viaje, le dije a mamá, mientras la luz volvía a la normalidad y yo abría la puerta para irme al hospital. (p. 41)

Días después termina viajando a El Interior. Más arriba anotaba que en ese lugar el narrador conoce a un grupo de personajes a cual más extraño. Pues bien, no son solo extraños, sino que son muchos; tantos, que cuando uno acaba la novela descubre que ninguno le ha quedado claro en la memoria; que todos, en últimas, son el mismo: alguien que ha pasado por todo en la vida y que ha hallado (o espera hallar) en El Interior, al fin, la salvación.

Pero hay una excepción. El líder del lugar es un personaje tan particular, aparece tan poco y tan estratégicamente, y alrededor de él hay tal reverencia y misterio, que resulta inolvidable. Se llama Guido Alemán y es gordo y grande como una ballena. Sin embargo, el protagonista se excita cada vez que lo ve. Porque lo que ve es un dios, una aparición lejana que le alborota los sentidos (y hay que decir que la novela es habitada por una muy acertada tensión sexual permanente). Tras luchar con una erección que no se va, el protagonista escribe:

Envuelto en llamas rojas y plateadas estaba el cuerpo de Guido Alemán, sentado con las piernas cruzadas. La respiración le llegaba hasta los talones. Era tan redondo que parecía traslúcido, como si se pudiera ver a través de él el cielo y el mar. Lobo y Tigre lo miraban acurrucados, sus vientres pegados a la arena en una postura sumisa.

Por entre el fuego que solo parecía acariciar su cuerpo incólume en vez de estar sumiendo su ser, podría jurar que vi a mi madre rodeada de una radiante luz blanca. Sonreía y se veía hermosa. Se me aguaron los ojos. (p. 192)

Guido Alemán puede ser entendido como un gran ser iluminado, pero también como un fantoche más, otra de las grandes mentiras que en tiempos de la Nueva Era el mundo termina comprando.

Acaso ahí está el talento de Robledo. Durante toda la novela mantiene al lector en ese particular punto medio. Uno no sabe si carcajearse y no tomar en serio todo aquello, o pensar que hay mucha luz, mucha verdad, en algunos de esos personajes, en las citas de literatura y espiritualidad oriental que aparecen de vez en cuando y en lo que sucede durante las rutinas místicas que cumplen quienes visitan El Interior. Al final, cuando uno cierra *Que venga la gorda muerte*, no tiene otra opción que esta: dejar salir una sonrisita cómplice mientras piensa que el tal Robledo se salió con la suya.

Andrés Arias